



LITERATURA | Miscelánea

Animales políticos o bestias iletradas

Que leamos poco no constituye secreto, lo grave radica en que la mayoría de los libros que pasan por nuestras manos son una mezcla de exhibicionismo personal, lugares comunes y redacción de silabario. Los Ominami padre e hijo ahora han colaborado para que este tipo de texto nunca falte.

Según una encuesta realizada por Cheskin Chile, el 41% de los santiaguinos no leyó un libro durante los últimos doce meses, un 29% entre uno y tres, un 10% de cuatro a seis, y el 14% más de siete. Aunque los mediocres resultados del sondeo no constituyen una sorpresa, un análisis más agudo revelaría con seguridad un panorama mucho más tenebroso. Porque desgraciadamente el estudio no revela qué tipo de libros han leído los encuestados. Pregunta importante si consideramos, de acuerdo a la misma fuente, que quienes más leen son los menores de 34 años. Grupo etario cuyas lecturas no se caracterizan por el ejercicio del libro albedrío, sino más bien por una imposición relacionada con obligaciones escolares o universitarias de pre y postgrado.

Lectores a la fuerza

Supongamos que a los estudiantes se les exige leer la modesta cifra de seis libros al año, y luego corrijamos los números que arroja la encuesta de Cheskin Chile. Tras las sumas y restas respectivas, encontramos que los individuos que leyeron, en promedio, un libro por inspiración propia durante el último año constituyen el 14%, mientras que el 86% corresponde a quienes ni siquiera han tocado un texto, sumados a los que tampoco lo hubieran hecho si alguien no los obliga a tan ardua misión.

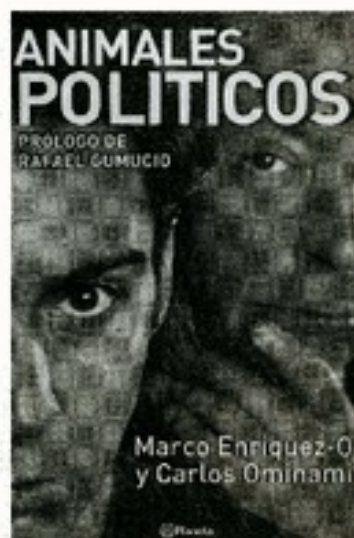
Usted pensará que exagero y que mis sumas se parecen a las de algún presidente de partido político después de un proceso electoral o a las del ministro de Educación de turno tratando de explicar los resultados del Simce. Y como el lector siempre tiene la razón, vamos a duplicar las cifras: el 28% leyó dos libros durante los últimos doce meses, así nos podemos comparar con Sierra Leona. Sin embargo, todavía nos queda una pregunta sin contestar: ¿Qué clase de textos fueron los elegidos? Un breve examen a las listas de las obras más vendidas servirá para iluminar un poco tan oscuro asunto.

Somos lo que leemos

Entre los textos más solicitados por el público figuran "El código Da Vinci" (Dan Brown), "Estúpidos hombres blancos" (Michel Moore), "¿Qué han hecho con mi país?" (idem), "Animales políticos" (Marco Enriquez y Carlos Ominami) y "Cocina fácil con Carlo". El primero podría titularse cómo ganar dinero gracias a la Iglesia Católica y a la ingenuidad de los lectores; el segundo y el tercero responden al llamado del ego: yo, los que pienso como yo y los que leen mi libro son los únicos inteligentes; el resto es una tropa de mal nacidos. El cuarto producto nacional es una versión light de los dos anteriores; y el quinto: sin comentarios, porque aún desconozco, aunque me imagino, las habilidades literarias de Carlo.

El análisis de los libros que compramos confirma la vieja ley de Murphy: si algo funciona mal, todavía puede empeorar; pues ya añoro los días cuando los primeros puestos eran ocupados por Paulo Coelho o Marcela Serrano.

Sin embargo, no podemos ser tan exigentes. Un libro envuelve un desafío neuronal más riguroso que cualquier estelar de televisión. Pero, a la vez, tampoco debemos practicar la autocomplacencia y limitarnos a leer textos cuyo objetivo final consiste en matar el tiempo, conseguir un tema de conversación o sentirse partícipe de lo estupidamente correcto.



El problema comienza cuando tipos comunes y corrientes, es decir, racionales en potencia y neuronalmente sanos, una noche agarran un pincel, un lápiz (un computador si son más poderosos) o un instrumento musical, y a la mañana siguiente despiertan con un tatuaje en la frente que dice "artista". Los más ambiciosos hasta le agregan un apéndice: revolucionario. Y se creen el cuento. Y salen a la calle maquillados de cultura, y se pasean en el carro de la vanguardia y hablan de ecología y defienden a los pobres siempre que no vivan cerca de ellos.

"Animales políticos" podría considerarse como el último manual de esta tribu. Marco Enriquez representa la versión más nueva y Carlos Ominami el modelo antiguo. Sin embargo, ambos concuerdan en un punto: el sufrimiento. Lógico, todo artista o individuo culturalmente correcto debe exhibir una cuota de dolor. De hecho se autoproclaman como únicos representantes del sufrimiento. Incluso frente a tanta injusticia, envidia e incompreensión uno olvida sus propias miserias y desgarras, y maldice a la cartucha sociedad burguesa que no los comprende, que no los admira.

Y el lector se enterece cuando Enriquez nos cuenta sus inseguridades frente a las mujeres, porque él nunca sabe si se acercan desinteresadamente. Tampoco podemos evitar que caiga una lágrima cuando Marco nos relata cómo los medios complotan en su contra: "nosotros los creadores... nos encontramos con tipos muy cobardes y corruptos en la televisión y los diarios". Si usted cree que el país cambió después de las fotos de

Animales políticos o bestias iletradas [artículo] Augusto Colarte.

Libros y documentos

AUTORÍA

Colarte, Augusto

FECHA DE PUBLICACIÓN

2004

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Animales políticos o bestias iletradas [artículo] Augusto Colarte. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile